

**CONMEMORACIÓN DEL
BICENTENARIO DEL NACIMIENTO
DE CARLOS MARX**

29 de mayo de 2018

TESTIMONIO PERSONAL SOBRE EL ANÁLISIS MARXIANO EN ESPAÑA, DE 1869 A 1968

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Juan Velarde Fuertes*

Al conmemorarse el segundo centenario del nacimiento de Marx creo que esta Real Academia forzosamente debe plantear la influencia que tuvo Marx, por un lado, en el pensamiento de parte considerable de la sociedad española, pero también que su influencia en España igualmente existe en lo que se refiere a la economía, a la política, al mundo de la sociología, al del pensamiento filosófico. Todos estos son aspectos siempre vinculados con Marx, los cuales esta Real Academia no puede ignorar de ninguna manera. Yo dejo esa cuestión en manos de otros Académicos, pero considero que, personalmente, debo hacer algún comentario sobre Marx en cuanto influyó en el pensamiento económico español y también en cuestiones que se relacionan con la economía, pero en ámbitos no vinculados de ninguna manera con la ciencia económica, pero sí con la realidad económica que se intentaba crear con su pensamiento y que parcialmente triunfó a través de planteamientos prácticamente nuevos, y que se pretendían derivar del impacto de Marx en el conjunto previo creado por las revoluciones liberal e industrial. Concretamente, en este último sentido, es preciso tener en cuenta lo que señala Josep Fontana Lázaro en su importante aportación *El pensamiento económico marxista*, en el volumen 5, *Las críticas a la economía clásica*, de la obra dirigida por Fuentes Quintana, *Economía y economistas españoles*. Ahí nos enseña que la primera información sobre el pensamiento económico de Marx apareció en España el 21 de octubre de 1869. Téngase en cuenta que era una de las etapas más confusas de la vida española, esa que transcurre de 1868 a 1874. En 1869, en el nº 14 del periódico de Barcelona "La Federación", que era el órgano del Centro Federal de las Sociedades Obreras, apareció una información titulada ¿Qué es la Asociación Internacional de Trabajadores?. En ella se daba noticia del nacimiento de la Internacional. Se iniciaba esta noticia así: "Notable Manifiesto a la clase obrera de Europa... (Lo) leyó el célebre socialista Carlos Marx en la reunión celebrada el día 27 de septiembre

de 1864". Y como señalan Fontana y Guasch —éste en *Marx a Espanya. Un estudi sobre la difusió de l'obra de Marx 1869-1939* muestran el panorama sobre Marx relacionado con el conocimiento que de él se tenía entonces en España. En aquellos momentos éste era más bien pintoresco y no digamos por lo que se refiere a sus aportaciones como economista. Veamos esto: ¿intentó disponer Marx, por encima de todo, que sus escritos se basasen en verdades científicas?

Schumpeter amplía de qué modo se planteó este camino, que se aclara al comprender el papel que en Marx tiene el pensamiento de Hegel. En este sentido muy bien podemos ampararnos en el trabajo de Mises, *Las limitaciones de los conceptos praxeológicos*, en la Introducción a su famosa obra *La Acción Humana. Tratado de Economía*, donde destaca que a causa de la influencia que en Marx existía de Hegel, experimentó, por ampararse en los mismos modelos de este filósofo, un camino "que le condujo a que los seguidores marxistas ostentasen la ideología de que una doctrina, si bien resulta incorrecta, al analizarla a la luz de la pretendida lógica proletaria, si beneficia los egoístas intereses de la clase que la formula, puede calificarse como errónea, pero si favorece los intereses clasistas, el expositor no tiene motivos para justificar su error. De ahí la abundancia, señala Schumpeter, de marxistas que creen haber demostrado sus tesis sencillamente destacando que el hombre no busca el saber *per se*. Al investigador —dicen, lo que de verdad interesa es la verdad, pero el éxito y la fortuna van por otro lado, y quienes buscan ambas cosas consideran que es falso aquello que, siendo aceptable para la ciencia pura, no tiene en cuenta las consecuencias que existen derivadas de ello, para un grupo concreto. Esto es lo que va a motivar algo así como el agobio de Marx, porque, por un lado, va a defender posturas políticas muy importantes basadas en puntos de vista incluso fácilmente criticables. Pero por otro lado, se dedicó, sobre todo en la parte final de su vida y de manera ansiosa a intentar la coordinación de aquellos planteamientos iniciales con la ciencia económica. Sus trabajos, en este sentido, fueron incesantes. Los economistas todos aceptan la importancia de sus investigaciones. Muchas de ellas han quedado en manuscritos suyos, que en cifra ingente han sido perdidos, debido al caos que tras su fallecimiento quedó de aquellos materiales manuscritos. Esta dualidad quizá tengamos que tenerla en cuenta continuamente.

También todo lo anterior explica la existencia de una postura doble en España ante Marx. Quizá también se deba a ello la tardanza en la influencia de su pensamiento. El comienzo de éste tenemos que tenerlo en cuenta, de manera seria cuando surge en 1884 la Comisión de Reformas Sociales, a la que, la Agrupación Socialista Madrileña presentó el Informe Vera, así llamado por haber sido redactado por Jaime Vera y López. Fue un texto donde se procuraban exponer puntos de vista de Marx "en relación con la ley de bronce de los salarios, (y) las posibilidades de descomposición del sistema capitalista debido a la anarquía de la producción y a la crisis del subconsumo, por todo lo cual el trabajador era devorado por el capitalismo". Y, desde luego, para resolver el problema de las clases dominadas, era preciso reforzar la política socialista que,

entonces, en 1884, se iniciaba cuando gobernaba un gobierno conservador creado por Cánovas del Castillo.

Fue una etapa en la que es preciso aceptar la tesis de Pedro Rivas, quien en *Aproximación a la historia del marxismo español (1866-1939)* resalta en este sentido la existencia de dos etapas que se observan con claridad en el periódico "El Socialista". De 1886 a 1890 se consideraba que los problemas radicaban en cómo combatir la legalidad burguesa. Para ello se exponían traducciones del pensamiento de Marx muy centradas en el texto del *Manifiesto Comunista*, así como la necesidad de evitar las luchas de clases detalladas en *El Capital*, del que se conocía a fondo poquísimos. Pero a partir de 1890 se pasa a presentar a un Marx como "partidario de los usos legales y de la actuación a través del sistema parlamentario"; también fue cuando se maneja la primera edición de *El Capital* a través de una versión francesa. El profesor Fontana asegura que la versión que se tenía y otra que le siguió, no fueron seriamente consultadas. Fontana probaría, como señala Fuentes Quintana, mostrándolos con claridad, "los burdos errores contenidos en los textos deformados de Marx" que servían para la función política de los militantes socialistas, y que, por eso, justificaban esos dos planteamientos radicalmente diferentes que se habían producido en "*El Socialista*".

Fue en el siglo XX cuando aparecen las primeras versiones serias de *El Capital*: la de Manuel Pedroso y la de Wenceslao Roces, versiones que, según Fontana, existían ya en los años 30 del siglo XX, pero habían ya pasado a estar influidas por las tesis leninistas y stalinistas de la III Internacional, con lo cual, se acabaron consolidando gracias al Partido Comunista, en mucho mayor grado que para el Socialista. De ahí se derivó una debilidad conceptual que todos los que hemos consultado la floja obra de Ramos Oliveira, *El capitalismo español al desnudo*, lo tenemos muy claro.

Hubo también alguna aportación que merece la pena señalar. Por un lado Carande hizo entonces una síntesis de las tesis, de base marxista, de Tugan Baranowski. Y yo publiqué en *Anales de Economía* un trabajo que acabé localizando de Flores de Lemus sobre ciertos aspectos muy interesantes de las aportaciones económicas de Marx. Pero aportaciones anteriores a 1936 no disponemos de mucho más. La expansión posterior vendrá del conjunto de las debidas a los Sraffa, a los economistas del grupo de Cambridge que buscaban vinculaciones entre Marx y Keynes, y en España no se puede ignorar de ninguna manera el ensayo de Luis Ángel Rojo sobre las aportaciones de Marx a la economía aparecidas en el volumen 5 de *Economía y Economistas españoles*, tituladas *La crítica de Marx a la economía política clásica*.

A mí me había llamado la atención un trabajo de Perpiñá Grau titulado *Sociedades de promoción de empresas en Alemania* (Talleres tipográficos de "El Financiero S.A.") Madrid, 1929. En él planteaba la existencia de lo que llamaba el Círculo Económico Superior que relacionaba al mundo empresarial alemán

con la orientación del mundo político. Y he aquí que, nada más terminar la licenciatura en Ciencias Económicas en 1947, ingresé en la Sección de Estadística del Consejo Superior Bancario. Allí existía una excelente biblioteca de economía, pues no en balde, sucesivamente sus directores habían sido, Bernis en primer lugar, y entonces Luis Olariaga. Y en ella me encontré con que Baran y Sweezy habían escrito *Monopoly Capital. An Essay in the American Economic and Social Order* (Monthly Review Press, 1966), totalmente derivada de planteamientos de Marx y con paralelismos en Perpiñá. Me llamó la atención y acabé utilizando éste y otros trabajos de Baran, precisamente en un dictamen que se me solicitó para la defensa de España ante la acusación de Bélgica en el Tribunal Internacional de La Haya, a causa de asunto de Sofina y Barcelona Traction.

Por su parte, el profesor Fuentes Quintana me llamó la atención sobre la aparición de un gran cambio, a causa de las investigaciones sobre Marx con motivo de su centenario, fundamentalmente provocadas por el grupo que aparecía en ese conjunto de trabajos titulado *La contribución de Piero Sraffa a la historia del pensamiento económico*. Por eso tengo sobre la mesa el número de *The European Journal of the History of Economic Thought* (1998, v[3]), que contiene las principales tesis derivadas de tal momento. No debemos ahora dedicarnos a debatir la frase de Pier-Luigi Porta de que “ningún estudioso de Ricardo parece haber descubierto (ciertas cuestiones), como la analogía entre el trigo y el patrón mercancía (*standard commodity*) sugerida por Sraffa en la *Introducción a las Obras y correspondencia* de Ricardo.

Por tanto, el mensaje de Marx capaz de crear marxianos llega a España por un camino doble: el directo sobre él, y el que se relaciona con Sraffa. A mi juicio, sólo el primero es heterodoxo respecto a la ciencia económica que existía. El segundo es ortodoxo de otro modo, e incluye una corriente que el neoclasicismo perturbó quizá no tanto como pretende Samuelson, pero al menos cambió las perspectivas. Los sraffianos españoles, por eso, merecen por lo menos algún recuerdo, aunque sea discutible si éste es el lugar exacto donde se debe dar la bienvenida a la nota de Ernest Lluch “Sraffa en España”, que reproduce la ponencia presentada en Florencia en la *Conferencia* sobre la “*Producción de mercancías*” de Sraffa veinticinco años después, los días 24-25 de agosto de 1985. Lluch asume esta frase de Alfons Barceló: “Nos sentíamos más o menos marxistas, más o menos radicales, pero exigíamos rigor, claridad y puesta al día”. Es evidente que “este rigor, claridad y puesta al día” tiene poco que ver con lo que podemos denominar marxismo tradicional que, por eso, tiene que ser estudiado a través de varias contribuciones sucesivas.

Simultáneamente, otros experimentábamos una quemazón. ¿Merecía la pena estudiar a Marx como economista? Debajo de todo, yo recordaba haber escuchado en clase a Stackelberg: “Hasta que llegó Böhm-Bawerk, la verdad es que las tesis básicas de Marx parecían inexpugnables. Con los argumentos del insigne miembro de la escuela austríaca, se derrumbaron para siempre”.

Se creería que los estudiantes preparados, a partir del curso académico 1943-1944, en la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas tenían dificultades de acceso a textos marxianos para ocuparse de estos debates, por motivos políticos. Nada de eso. Quizá para explicarlo conviene hablar en primera persona. El problema principal no estaba en el acceso a los propios textos marxianos. Luis Olariaga, en sus cursos, nos había hablado de Marx, del revisionismo marxista, de la corriente leninista, así como del anarquismo y del sindicalismo. Eran lecciones muy académicas, en las que, ni de lejos, se le ocurría dedicarse a planteamientos vulgarizadores y ramplones. Quedaba claro para nosotros que, desde el punto de vista del análisis económico, era preciso contar con Carlos Marx. Pero al indagar algo más, nos encontrábamos con una amplia decepción. En la Biblioteca Nacional y en el Ateneo de Madrid se podía tener acceso, sin ningún problema, a sus fondos relacionados con Marx. Para acercarnos a él, en primer lugar, se solía comenzar por la consulta de la revista *Leviatán*, que estaba íntegra en el Ateneo. Recuerdo que, tras hacerlo, lo único que me interesó fueron unas traducciones de Keynes, porque los análisis marxistas sobre la realidad española de Antonio Ramos Oliveira, me parecieron deleznable.

Naturalmente también pasé a manejar el libro de Joan Robinson, *An essay on marxian economics* (McMillan, 1947). Confieso que me apasionaron sus 104 páginas y no digamos su capítulo VIII titulado “The General Theory of Employment”. La descripción posterior de Arthur Lewis me llamó instantáneamente la atención. Pero sabemos el papel de su obra *The principals of economic planning* (Allen and Unwin, 1949), donde señala nada menos que “el entusiasmo popular es al mismo tiempo el lubricante de la planeación y el combustible del desarrollo económico —una fuerza dinámica que casi hace posibles todas las cosas”, y que así se podía “comprender que en la década 1930-1940 Rusia se jactaba, y hoy se jacta Yugoslavia, de haber despertado este entusiasmo dinámico y de vencer con él todas las dificultades”.

Otra entrada en la literatura marxiana española fueron los cursos de doctorado, concretamente uno impartido por Pérez Botija, quien me había encargado que comentase en clase el contenido de la tesis doctoral de Ramón Carande sobre Tugan-Baranowski. Me decepcionó fuertemente este trabajo de Carande, a quien admiraba muchísimo tras leer *Sevilla, fortaleza y mercado*. Olariaga nos había ponderado las cualidades y principales aportaciones de este economista ruso, del que Carande traduciría y prologaría *Los fundamentos teóricos del marxismo*. Daba la impresión de que todo esto era muy superficial.

Más adelante, al elaborar mi tesis doctoral, me topé con la figura de Flores de Lemus. Al indagar sobre el papel que tuvo Bortkiewicz en su formación en Tubinga, y saber que éste era ingeniero y buen conocedor de las matemáticas, a más de alguien reprobado por la línea neohistoricista de la Escuela de Berlín porque respetaba la gran línea de los clásicos, entre los que incluía a Marx, en una especie de postura presraffiana, aunque se sentía muy atraído por

Marshall, creí encontrar el hilo de la admiración a Marx que siempre tuvo Flores de Lemus. En la correspondencia de Flores con su maestro Francisco Giner de los Ríos alude al envío de un trabajo que acababa de elaborar sobre Marx. Rastree de modo sistemático el Boletín de la *Institución Libre de Enseñanza*, donde, parecía claro, que Giner lo hubiera publicado si hubiese sido de su agrado. No encontré absolutamente nada.

Al mismo tiempo, el haberme convertido en funcionario del Ministerio de Trabajo, en la entonces llamada Inspección Técnica de Previsión Social, me permitía tener acceso a la Biblioteca del Ministerio, sita entonces en la madrileña calle de Amador de los Ríos. Sus fondos me hicieron topar con una edición de *Das Kapital*, que tenía anotaciones manuscritas marginales, e incluso correcciones. Al no conocer yo alemán, la dejé a un lado. Ampliaron algo las posibilidades de acceso a Marx los fondos del Ateneo y de la Biblioteca Nacional, así como los de la propia Facultad, que había recibido una importante remesa bibliográfica, creo recordar que de la Facultad de Derecho. Pero las versiones que tuve delante de textos de Marx, en traducciones que iban de Bullejos a Wenceslao Roces, se me cayeron de las manos. También leí mucho de Lenin, Trotski, Bujarin, en multitud de ediciones. Por supuesto que perdí mucho tiempo —si es que en la lectura hay pérdida— al revisar prácticamente toda la editorial Cénit. Hubo alguna novela interesante, y algún descubrimiento y enlace con el mundo de *La Gaceta Literaria*, de Giménez Caballero, como fue el de César Arconada y su estudio sobre Greta Garbo. Aprendí mucho sobre los alemanes en la Primera Guerra Mundial y sobre los rusos en la Revolución de Octubre, pero acerca de las aportaciones como economista de Marx, y del marxismo, poquísimas, y de la economía española contemplada desde el punto de vista marxista, en serio, nada. Fue entonces cuando, en la Biblioteca Nacional, Alicia Valiente —mi mujer, entonces mi novia—, a la que yo había pedido, porque conocía el alemán y yo no, que me tradujese, en relación con Flores de Lemus, lo que escribía sobre éste Gabriel Franco en el capítulo sobre España que había publicado en la obra dirigida por Hans Mayer, *Die Wirtschaftstheorie der Gegenwart*, que mejoraba muchísimo un anterior trabajo de Von Heckel. Alicia, entre otras cosas, me indicó que se señalaba, al hablar de los esfuerzos como teórico de la economía de Flores de Lemus, “la corrección y el desarrollo que hace de las leyes marxistas relacionadas con la circulación del capital”. Pero esa investigación, ¿dónde se materializaba?

Ningún discípulo vivo de Flores de Lemus me aclaraba el lugar en que se podía encontrar este documento. Afortunadamente, al revisar, con ayuda del profesor Fuentes Quintana, el expediente administrativo de la oposición de Flores de Lemus a la cátedra de Economía Política de la Facultad de Derecho de la Universidad Central, encontramos en él el trabajo, manuscrito, de Flores de Lemus. Había yo manejado una tan importante cantidad de textos de este economista que me di cuenta de que lo anotado en los márgenes de la edición de *Das Kapital* de la Biblioteca del Ministerio de Trabajo, era suyo. Todo esto resul-

taría de gran interés. Me había dejado, en cambio, decepcionado el *Carlos Marx* de Francisco Bernis.

Todo va a ser más complejo tras este primer siglo. Pero dejo aquí mi intervención para no cansarles a ustedes. Espero que el resto que he elaborado se publique en alguna revista científica. Pero no me resisto a finalizar mis palabras abonando unas frases que encontré en ese gran investigador del pensamiento de Marx en su perspectiva española, que es Fontana, quien escribió: "Hasta bien entrados los años setenta jamás había existido análisis económico marxista en España, y lo que se denominaba así era un izquierdismo trivial amparado en su nombre con un apoyo muy tenue en una literatura descriptiva que lo invocaba en vano".

KARL MARX, 200 AÑOS

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Ramón Tamames Gómez¹

Se cumplieron ya en 2018 los 200 años del nacimiento de Karl Marx, fundador del llamado socialismo científico, y a quien Joseph Schumpeter atribuyó las tres titularidades notables, de filósofo, sociólogo, y economista.

Natural de Tréveris, en Renania (por entonces la Prusia Occidental, tras las Guerras Napoleónicas), Marx escribió sus primeros trabajos sobre el robo de leña de los bosques propiedad del señorío feudal, como expresión de la pobreza de tantos campesinos necesitados de combustible para calentarse. A lo que siguió su Tesis sobre Feuerbach, con especial atención a la undécima de ellas: “el filósofo no debe solamente contemplar el mundo, sino que debe contribuir a cambiarlo”. Algo que se convirtió en el objetivo de su vida, con la idea de la revo-lución que haría pasar el sistema económico del capitalismo manchesteriano, a un socialismo que se regiría por dos grandes lemas: “de cada uno según sus capacidades, a cada uno según sus necesidades”, seguido de la idea de transitar del “estado de necesidad, al reino indefinido de la libertad”.

El joven Marx pronto tuvo que salir de Alemania, su verdadera patria, pues aunque de estirpe judía luteranizada, él se sentía del linaje de filósofos como Kant y Hegel, si bien es cierto que pronto buscó una nueva interpretación materialista de la Historia; reconociendo, también, toda una serie de valores personales y colectivos, en contra de lo que se ha llamado el “monismo marxista”, en el sentido de que todo depende de lo económico.

¹ Como complemento de este artículo, el autor recomienda a los lectores su libro más reciente: *El último siglo económico. El capitalismo, un gato de más de siete vidas*, Editorial Erasmus, Barcelona, 2018.

El joven Marx hubo de irse a vivir a Francia, perseguido por la policía prusiana, y luego a Bélgica. Viajes en los que conoció al compañero ideológico de su vida, y también sostén de su particular economía siempre sumamente débil: Friedrich Engels, hijo del propietario de una fábrica textil en Inglaterra. Adonde se trasladó finalmente Marx para desarrollar su gran obra *El Capital*, en la que intentó resumir cómo funcionaba el sistema económico entonces pre-valecte: el capitalismo.

La vida de Marx es bien conocida. En Inglaterra, trabajó cotidianamente en la biblioteca del Museo Británico, llevando una existencia familiar pequeño-burguesa, con su esposa Jenny von Westphalen, de la aristocracia alemana, que protegió toda la vida a Karl, lo mismo que su hija más querida, Laura, que se casó con Pablo Lafargue, de origen francés nacido en La Habana, que hizo la primera recapitulación abreviada de *El Capital*.

En 1859, y en el prólogo de su libro *Contribución a la crítica de la Economía Política*, Marx formuló claramente su concepto de estructura económica, en abierta crítica de la economía tal como entonces venía entendiéndose, desde las primeras exposiciones burguesas de Adam Smith y David Ricardo, hasta John Stuart Mill.

En la producción de su existencia —dice Marx en uno de sus tex-tos más comentados—, los hombres establecen entre sí relaciones determinadas, necesarias, independientes de su voluntad. Relaciones de producción que corresponden a un grado determinado de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales.

El conjunto de esas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base concreta sobre la cual se eleva una superestructura jurídica y política, y a la cual corresponden formas sociales de conciencia determinadas. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política e intelectual en general. No es la conciencia de los hombres lo que determina su ser; por el contrario, es su ser social lo que determina su conciencia.

Para entender en todo su contexto la anterior exposición de Marx, es preciso recordar que *El Capital* es, justamente, la crítica del *modo de producción capitalista*.

Marx se debatió en un eterno dilema: por un lado su afición al trabajo teórico, aparentemente tranquilo aunque por dentro hubiera una tormenta de ideas permanente. Y al lado de eso, estuvo su admiración por la *praxis*, única forma en que la teoría podría ser contrastada en la realidad. Por ello mismo, Marx será siempre recordado como el autor (con Engels) del *Manifiesto Comunista* de 1848 y de *El Capital* en 1867. Pero también como el gran luchador de

la "Asociación Internacional de Trabajadores"; o dicho más en directo, el creador de la Primera Internacional, fuente de inspiración de un sinnúmero de movimientos sindicales y de partidos obreros.

Precisamente, en la fundación de la AIT (en 1864), surgieron las luchas ideológicas de Marx con Proudhon, las todavía más duras con los anarquistas como Bakunin, etc. Desavenencias en que se consumieron gran parte de la vida de Karl, cuando planteó que la clase obrera cambiaría la sociedad a través de la lucha de clases, la guerra civil y la revolución, para pasar del capitalismo al comunismo.

De la obra de Marx, lo que en lo esencial queda hoy es, ante todo, un método, y no una ideología, de análisis económico de la dinámica capitalista en la senda a su transformación. Él mismo lo puso de relieve en sus cartas a Berstein y a Conrad Schmidt, con aquel "yo no soy marxista". Luego, no faltaron los más papistas que el papa, y surgiendo el marxismo como doctrina, como cristalización ideológica; y el marxismo-leninismo, como aberración. En definitiva, el leninismo fue la sustitución de la conciencia obrera por la ideología marxista monista, administrada por una minoría de *revolucionarios profesionales*.

Marx murió en 1883, y sus restos siguen en el cementerio Highgate de Londres. Fue un filósofo, un sociólogo y un economista y, efectivamente, contribuyó a cambiar el mundo. Y última pregunta: si hoy viviera Karl Marx, ¿seguiría siendo marxista?

MARX Y LOS MARXISMOS.

EN EL BICENTENARIO DEL NACIMIENTO DE K. MARX

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Emilio Lamo de Espinosa

Los científicos sociales no brillamos mucho últimamente previendo el futuro y los fracasos se nos acumulan. No se pudo prever la caída de muro del Berlin y de la URSS en 1989-91, tampoco los atentados del 11S, ni la crisis económica del 2007, ni la primavera árabe, ni el Brexit o la elección del presidente Trump. Es más, en buena parte de estos casos (así los más recientes) las previsiones fueron en contra de lo que acabó ocurriendo.

A veces se acierta, sin embargo. Así, por ejemplo, leamos esta descripción de la globalización elaborada siglo y medio antes de que ocurriera.

La burguesía ha desempeñado, en el transcurso de la historia, un papel verdaderamente revolucionario ... al explotar el mercado mundial, da a la producción y al consumo de todos los países un sello cosmopolita. ... Las viejas industrias nacionales se vienen a tierra, arrolladas por otras nuevas, ... industrias que ya no transforman como antes las materias primas del país sino las traídas de los climas más lejanos, y cuyos productos encuentran salida, no sólo dentro de las fronteras, sino en todas las partes del mundo. ... la red del comercio es universal y en ella entran, unidas por vínculos de interdependencia, todas las naciones.

Y lo que acontece con la producción material, acontece también con la del espíritu. Los productos espirituales de las diferentes naciones vienen a formar un acervo común. Las limitaciones y peculiaridades del carácter nacional van pasando a segundo plano, y las literaturas locales y nacionales confluyen todas en una literatura universal.

La burguesía, ... lleva la civilización hasta a las naciones más salvajes. ... Obliga a todas las naciones ... a implantar en su propio seno la llamada civilización, es decir, a hacerse burguesas. Crea un mundo hecho a su imagen y semejanza.

Está escrito en 1848 por quien reivindicó “la influencia civilizadora del capital” y por supuesto pertenece al *Manifiesto del Partido Comunista* escrito por Marx y Engels en 1848. Aunque sólo fuera por este texto Marx merecería un comentario en este bicentenario de su nacimiento.

1. Y el primer comentario es que nos hallamos ante uno de los pensadores con mayor influencia moral y política que ha habido en la historia de la humanidad. Si pensamos en el impacto que su obra ha tenido en los múltiples partidos comunistas en Europa, Asia o América, y en el posterior impacto en los movimientos de liberación nacional africanos o asiáticos, fuerzas revolucionarios y un largo etc., caeremos en la cuenta de que buena parte de las movilizaciones políticas del último siglo se han reclamado de una u otra forma herederas de su pensamiento. Son incontables las revoluciones, exitosas o no, que se han hecho al amparo de su obra.

También en sectores más moderados, pues tanto en la socialdemocracia como incluso en otros partidos de centro, el discurso marxista sobre la explotación o la desigualdad, y por supuesto el de las clases sociales, le debe mucho a su obra. No es pues una exageración decir que Marx renovó el discurso político.

De modo que el impacto de su pensamiento solo puede ser comparado con el de los grandes fundadores de religiones (Buda, Jesús, Mahoma) y probablemente supera al de los pensadores clásicos como Platón o Aristóteles. En cierto modo Marx fue también fundador de una religión “laica”. Sabemos que hay una escatología marxista, una teología o teodicea heredada de Hegel y puesta boca abajo, un camino hacia el paraíso, que eso es la “sociedad comunista”, donde recibiremos según nuestras necesidades y podremos ser cazadores o poetas a nuestro antojo.

No es fácil medir o cuantificar esa influencia pero un posible proxy es el número de menciones a Marx que podemos encontrar en Internet utilizando un buscador estándar como Google, y compararlo con otros ilustres nombres del mundo intelectual. Pues bien, Marx aparece mencionado nada menos que en 104 millones de ocasiones y, como elementos de comparación, se puede mencionar que Platón aparece en 22 millones, Keynes en 36 y Jesús en 409. Los datos parecen avalar la enorme influencia que le he atribuido.

Por eso Max Weber aseguraba que cualquier pensador del siglo XX tenía que rendir cuentas con dos pensadores, Marx y Nietzsche. Lo hemos hecho con el primero y no sé si con el segundo. Y por eso Julian Besteiro, en su discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, titulado *Marxismo y anti-marxismo*, hablaba de la capacidad del primero para “permear” el discurso político, poniendo como ejemplo el *New Deal* de Roosevelt. Y yo mismo me he

referido en varias ocasiones a cómo las ciencias sociales del siglo XX, al menos entre 1918 y 1968 (en el “corto” siglo XX), han estado marcadas por este dilema: o se era marxista o se era anti-marxista. *Tertium non datur*.

¿Por qué esta enorme influencia? Sin duda por la oportunidad de su mensaje, que supo captar el momento de la lucha de clases, antagonismo central en las sociedades industriales al menos durante un siglo o siglo y medio. No la inventó, solo nos animó a verla. Pero sobre todo porque Marx cambia la audiencia, el destinatario de sus discursos, relatos y mensajes. Es el primer científico social que no le habla a otros científicos, a los intelectuales o a otros hombres cultos, por encima de la sociedad, sino a todos, le habla a la población, a los obreros, y campesinos, también a los analfabetos. Y ello porque su objetivo no era entender el mundo, sino sobre todo cambiarlo, como asegura en las *Tesis sobre Feuerbach*. Marx no habla sólo DE la sociedad sino también A la sociedad, y este cambio de audiencia tuvo y tiene consecuencias muy relevantes. Y desde luego, para hacer una sociología del conocimiento de Marx y del marxismo este dato es esencial.

2. La consecuencia de este éxito, de esa inmensa popularidad, es mala en al menos dos sentidos. Uno lo expondré después y tiene que ver con el eventual acierto en sus predicciones. El otro es que Marx devino el profeta de numerosas movilizaciones políticas y revoluciones y, más tarde, de una sociedad y unos Estados nuevos, el mentor y profeta de la gran ilusión comunista. Mucho más que un padre de la patria, más que un pensador, literalmente un profeta y casi un santo. Lo que inevitablemente llevó a la politización (incluso hiper-politización) del marxismo, que de doctrina “científica” pasó a ser credo de salvación e hizo de los textos marxistas Textos Sagrados, a cuyo desentrañamiento se entregaron con fervor sacral una pléyade de sacerdotes intelectuales «comprometidos». Hablo pues de la canonización o escolastización de su pensamiento.

Dos ejemplos de ello: el “Marta” o el “Konstantinov”. Me refiero al libro de Marta Harnacker *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, editado en 1969 pero del que se llegaron a hacer nada menos que 66 ediciones, y que ha sido la Biblia (la comparación no es metafórica) de numerosas generaciones de estudiantes de ciencias sociales en Europa y, sobre todo, América Latina. El segundo ejemplo lo constituyen los dos volúmenes del llamado “Konstantinov”, la verdadera Biblia de los Partidos Comunistas, escrito por Fedor Vasielivich Konstantinov, y editado por la Academia de Ciencias de la URSS, en dos volúmenes, *El materialismo histórico* (1951) y *Los fundamentos de la filosofía marxista* (1958), ambos traducidos al español por Adolfo Sanchez Vazquez y Wenceslao Roces para la editorial Grijalbo, y que pude comprar en una trastienda de la librería existente en la calle San Bernardo de Madrid allá por los años 60, y cuya lectura creo que no acabé. Y no cito el *Libro Rojo* de Mao porque pertenece a otro universo.

La consecuencia de ese fervor sacral marxista fue triple:

- 1. En primer lugar, rechazar que hubiera contradicciones en su pensamiento; no podía haberlas.
- 2. En segundo lugar, asegurar que todo está en Marx y lo ha dicho todo sobre todo.
- 3. Y en tercer lugar, rechazar que hubiera algo fuera de él.

Y así, el dogma teológico-jurídico de la falta de lagunas del Texto Sagrado se repetía con esa nueva escritura, cuando la realidad es que el pensamiento de Marx no llegó a solucionar graves problemas teóricos, con los que estuvo luchando hasta su muerte en su pupitre del British Museum.

Así, si no había una teoría de las clases sociales, una teoría del Estado o del Derecho (si no sólo de la desaparición de ambos), o una psicología social, o si se planteaban problemas teóricos de difícil solución (como el de la transformación del valor en precio o la distinción —tan útil políticamente, pero tan fantasmática—, entre trabajo productivo e improductivo, por no hablar de argumentos más complejos como el de la tendencia decreciente de la tasa de beneficio o la propia teoría del valor trabajo), la presunción de que ya estaba allí de alguna manera desorientaba al investigador. A la búsqueda de lo implícito, en relecturas cada vez más sintomáticas, se perdía la única posibilidad de superación: la de una crítica interna a partir de las contradicciones y lagunas.

De modo que la actitud sacral, religiosa, de que todo estaba en Marx y nada fuera de él, acabó haciendo estallar el marxismo, que se extendió hasta abarcar todo tipo de pensamiento o filosofía, de modo que hubo (y todavía hay) marxismos hegelianos o neokantianos, positivistas o neopositivistas, analíticos o psico-analíticos, y un larguísimo etcétera.

La conclusión (importante) es que fue casi imposible leer a Marx sin anteojeras, sin pre-juicios, hasta que la dimensión política de su pensamiento desapareció, es decir, tras la muerte de Stalin en 1953 y, sobre todo, tras la primavera de Praga de 1968, hace 50 años, que es cuando el mundo intelectual (europeo sobre todo) rompe con el comunismo soviético para hacerse socialdemócrata o eurocomunista. Eventos, los de Praga, sin duda más importantes que los de París. Pues con ello se pasó de los Marxismos (en plural pero siempre con mayúscula) a Marx, otro científico social más lleno de lagunas y limitaciones. Como todos. Para descubrir que hay en su obra una profunda evolución (dos Marx), hay contradicciones y, sobre todo, hay problemas no resueltos. Razón por la que no publicó sino el volumen I de *El Capital*. Y basta leer los *Grundrisse* para ver en esas páginas una lucha casi titánica por resolver problemas que no cuadran.

3. Dicho esto le tengo por un gran sociólogo y he defendido, que junto a Durkheim, Weber y Mead, han definido el espacio en el que se mueve inevitablemente la teoría social. Como lo tengo en prensa en un libro que edita ya mismo el CIS, no lo voy a contar hoy¹. Pero sí decir por qué me parece un gran sociólogo.

3.1. Y para empezar por su estrategia intelectual. No es casual que pueda interpretarse toda la obra de Marx como una crítica de las ideologías: de Hegel en los *Manuscritos de economía y filosofía*; del materialismo de Feuerbach en las *Tesis sobre Feuerbach*; de la izquierda hegeliana en *La ideología alemana*; de Proudhon y el socialismo utópico francés en *La miseria de la filosofía*; finalmente, de la economía política inglesa en la *Contribución a la crítica de la economía política* y, sobre todo, en *El Capital*. Ello responde a su esquema de conocimiento: la ideología reproduce la realidad tal y como esta se presenta; por ello se aprende la verdad a través de las apariencias, yendo más allá de ellas. La crítica de la ideología es el método del conocimiento social. Marx afirma "*toda ciencia sería superflua si la apariencia y la esencia de las cosas coincidieran*", dice en *El Capital*. Pues la apariencia esconde y mistifica la realidad. Hay que traspasar la apariencia, ir de la apariencia a la esencia. Traspasar los pre-juicios, los estereotipos, las ideologías, levantar el velo de las mistificaciones, de los fetichismos. Se piensa contra el pensamiento único, contra lo políticamente correcto.

Esto siempre ha sido cierto, pero hoy lo es en mayor medida pues estamos anegados por plagas cognitivo-morales que nos impiden pensar. O peor, que nos dicen, no ya qué, sino incluso cómo debemos pensar. Perniciosos hábitos de pensamiento con frecuencia adquiridos en las mismas Universidades donde se deberían adquirir hábitos críticos. Es más, el mismo pensamiento único aborregado, se presenta engañosamente como pensamiento crítico, para así esconder mejor la mistificación.

Por cierto, Emilio Durkheim, desde la derecha sociológica, dice (dirá) lo mismo que Marx un cuarto de siglo después en *Las reglas del método sociológico*. La ciencia se construye contra el sentido común y las pre-nociones.

Esto lleva a Marx a construir modelos ideal-típicos de lo que analiza, cosa que hace en *El Capital*, al construir un modelo abstracto del Modo de Producción Capitalista. Y como sabemos Max Weber le sigue por completo cuando generaliza esa metodología ideal típica, que hoy es ya estándar en ciencia social.

¹ *De nuevo la sociedad reflexiva*, capítulo 4, CIS, Madrid, 2018.

3.2. Pero de Marx me interesan sobre todo las bases de su antropología y de su sociología. Con tres grandes ideas.

3.2.1 El hombre es un ser natural, un mono, un antropoide, plena y totalmente. Materialismo radical. Somos producto de las circunstancias. La especie lo es, desde luego (y Darwin aún no había escrito *El origen de las especies*), pero también todos y cada uno somos eso: producto del entorno. Así la llamada esencia humana no es tal sino un proceso, una resultante histórica.

Pero monos con dos singularidades.

3.2.2. La primera es que somos monos que hacen instrumentos. *Tool-making* animal dice citando a Franklin. Y construimos con la imaginación antes de hacerlo en la realidad. Y con esos instrumentos, con los útiles, cambiamos las circunstancias, que nos hacen a nosotros. Y de ese modo el hombre se hace a sí mismo: cambiando el entorno que le hace a él. El resultado es algo fundamental: que la historia humana es la historia de la auto-producción de la especie, pues somos el resultado de las generaciones anteriores. Hoy estamos en condiciones de cambiar incluso nuestra naturaleza, (*biological enhancement*), gracias a la técnica.

Así Marx se apalanca en una categoría, más ontológica (e incluso epistemológica) que sociológica: la de Trabajo. El hombre cambia el mundo mediante el trabajo, y así se cambia a sí mismo, modificando el entorno. El trabajo pasa a ser una actividad constitutiva de la especie. Las categorías marxistas de trabajo muerto / trabajo vivo me parecen esenciales. Los vivos trabajan sobre lo ya trabajado. Y basta mirar alrededor para darse cuenta de lo acertado de ese pensamiento. Somos el resultado de nuestra historia. Si Montesquieu nos dijo que éramos el resultado de la geografía —y tiene razón— Marx añade la historia.

3.2.3. La segunda singularidad de estos monos es que son seres sociales por naturaleza. La naturaleza nos ha hecho sociales. La etología y la sociobiología lo han confirmado. Los niños ferales lo confirman: un niño criado entre lobos es un lobo, se comporta como un lobo; pero un lobo criado entre niños seguirá siendo un lobo pues lo lleva en su ADN. Somos los que incorporamos de nuestro entorno de relaciones sociales.

"La esencia humana no es algo abstracto e inmanente a cada individuo. Es en su realidad el conjunto de las relaciones sociales"
(*Tesis sobre Feuerbach*, segunda Tesis).

Y por supuesto la sociedad no es sino un conjunto de relaciones sociales, una red, una configuración, un inmenso sociograma u organigrama de relaciones sociales.

"La sociedad no consiste en individuos, sino que expresa la suma de relaciones y condiciones en los que esos individuos se encuentran recíprocamente situados"

(*Grundrisse*).

Somos nuestro historial de relaciones sociales, el decantado de una historia de interacciones que comienza con la madre y termina con la muerte. Y lo somos totalmente, personificación, somatización, "encarnación", de relaciones sociales. El capitalista es capital personificado. El obrero es trabajo y miseria personificados. Y lo son de modo radical.

"El capitalista sólo funciona en cuanto capital personificado, es el capital en cuanto persona; del mismo modo el obrero funciona únicamente como trabajo personificado que a él le pertenece como suplicio"

"Incluso la necesidad del aire libre deja de ser en el obrero una necesidad... La luz, el aire, etc., la más simple limpieza animal deja de ser una necesidad para el hombre. La basura..., la cloaca de la civilización, se convierte para él en un elemento vital. La dejadez totalmente antinatural y la naturaleza podrida se convierten en su elemento vital. El irlandés no conoce ya otra necesidad que la de comer y para ser exactos, la de comer patatas, y, para ser más exactos aún, sólo la de comer patatas enmohecidas, las de peor calidad"

(*Manuscritos*)

4. Pero el problema central es que esas relaciones sociales se "alienan", categoría interesante que viene de Hegel y de la teología y que acaba jugando un papel constituyente de la ciencia social.

Las relaciones sociales, la sociedad, adquieren vida propia, son consecuencias no intencionadas de la acción humana (CND), resultado de la obra humana pero no del diseño humano. Como aprendices de brujo los hombres desatamos procesos que se vuelven contra nosotros. Procesos que se nos presentan como una realidad externa, como si fueran naturaleza. Y aquí aparece otra categoría marxista, la de "reificación", relaciones sociales que se presentan como cosas, tema al que dedique un libro hace tiempo, pero que reaparece en la sociología actual³. Marx habla de alienación, en alguna ocasión de "poder social extraño", el poder de la sociedad extraño.

"El poder social, es decir, la fuerza de cooperación multiplicada que nace por obra de la cooperación de los diferentes individuos..., se les aparece a estos individuos,... no como un poder propio, asociado, sino como un poder ajeno,

³ E. LAMO DE ESPINOSA, *La teoría de la reificación: de Marx a la Escuela de Francfort*, Alianza Universidad, Madrid, 1981. Véase AXEL HONNETH, *Reificación. Un estudio en la teoría del reconocimiento*, Buenos Aires y Madrid, 2007.

situado al margen de ellos, que no saben de dónde procede ni adónde se dirige, y que, por tanto, no pueden ya dominar, sino que recorre, por el contrario, una serie de fases y etapas de desarrollo peculiar e independiente de la voluntad y de los actos de los hombres, y que incluso dirige esta voluntad y estos actos"

(*La ideología alemana*)

Otros sociólogos, más adelante, eliminaran el componente teológico de la palabra "alienación" y hablaran de CNI de la acción. Pienso en Merton. Pero es lo mismo. Y cuando Hayek dice que la sociedad es un producto humano pero no del diseño humano está diciendo lo mismo. Por ello, Popper ha podido decir, sin duda con acierto, que Marx.

"Fue uno de los primeros en analizar las consecuencias no queridas de las actuaciones voluntarias de la gente actuando en una situación social concreta. Marx dijo definitiva y claramente, que el capitalista está tan atado con la red de la situación social (o del 'sistema social') como el obrero; que el capitalista no puede evitar el actuar del modo en que lo hace: está tan determinado como el obrero y los resultados de sus acciones son, en gran medida, inintencionadas"⁴.

Y estamos nada menos que ante la realidad constitutiva de la misma ciencia social:

"Es un error —dice von Hayek— al que expresiones poco meditadas de los científicos sociales a menudo dan apoyo, creer que su objetivo es explicar la acción consciente. Esta, si es que puede ser realizada, es una tarea diferente, la tarea de la psicología... El problema (que las ciencias sociales) tratan de contestar surge sólo en la medida en que las acciones conscientes de muchos hombres producen resultados no previstos, en la medida en que se observan regularidades que no son el resultado del diseño de nadie... Sólo en la medida en que cierto tipo de orden surge como resultado de la acción individual, pero sin ser prevista por ningún individuo, aparece un problema que exige una explicación teórica⁵.

Y de este modo, lo que debía ser un proceso histórico de constitución de la especie, de auto-creación, se desvía y se pierde bajo el constreñimiento de ese poder social extrañado, y acaba siendo la historia de una pérdida.

Lo que ontológicamente funda la ciencia social es eso: las CNI de la acción de los hombres, que pretender hacer algo pero acaban haciendo otra

⁴ K. POPPER, *Conjectures and Refutations*, Routledge and Kegan Paul, Londres, 1963 pág. 125; véase también pág. 342.

⁵ F. VON HAYEK, *The Counter-Revolution of Science*, The Free Press, Glencoe, 1952 pág. 39.

cosa. Pretenden la fraternidad universal pero general en terror, dice Tocqueville, o pretenden honrar y servir a Dios pero crean la maquinaria del capitalismo moderno con su jaula de hierro, dice Weber.

5. Para mí, la principal crítica a Marx está en la absolutización de su principal acierto: en la absolutización de su materialismo, en la absolutización del trabajo como *deus ex machina*, en el economicismo que deriva de su materialismo ingenuo.

"El intercambio de actividad humana dentro de la producción misma, así como el intercambio de productos con el otro, es equivalente a la actividad de la especie, al espíritu de la especie,

"Las relaciones de producción forman, como totalidad, lo que llamamos relaciones sociales, esto es, la sociedad..."
(*Trabajo*).

Para Marx las sociedades son modos de producción. Y nada más. Y este es el problema. Marx analiza y percibe la realidad social a través de su relación de intercambio material con la naturaleza. Y los hombres, todos, son solo su historial de posiciones en el proceso productivo. Y nada más.

Así, Wright Mills le acusaba de una "metafísica del trabajo". Y Baudrillard de reflejarlo todo en "el espejo de la producción". Y Habermas de hacer del trabajo categoría ontológica sin diferenciar entre trabajo e interacción

Marx ve el trabajo como una condición universal y de ahí que analice la historia como historia de los modos de producción. Y tiene razón pues no hay sociedad humana conocida que no tenga algún sistema de intercambio con la naturaleza, que no tenga útiles e instrumentos que le permitan generar un nicho ecológico, un hábitat.

Pero el hombre no es solo trabajo, es decir, energía, sino también información, es decir, comunicación. No hay sociedad humana sin lengua, que es el depósito de los conocimientos y el mecanismo de la cooperación. Fue George Herbert Mead, en la huella de Feuerbach y del idealismo alemán, quien desarrolló esta segunda dimensión constitutiva del hombre. Pero para Marx las ideas o la conciencia son solo el reflejo de la realidad. Marx menosprecia el lado activo y creador del conocimiento.

6. ¿Acertó Marx en sus predicciones? Recordemos que él no quería reflejar la historia sino cambiarlo. Y vaya si lo consiguió. Tanto que carece de sentido preguntarse si acertó o no en sus predicciones sin preguntarse en qué medida esas mismas predicciones cambiaron el curso de la historia, en qué

medida fueron performativas, en qué medida fueron predicciones reflexivas. Pues al hablarle a la gente y no a otros científicos sociales la obra de Marx generó tendencias tanto al auto-cumplimiento como a la auto-negación de su modelo.

Tres ejemplos servirán

Como escribió agudamente Walter Benjamin, "nada corrompió tanto a la clase trabajadora alemana como la idea de nadar a favor de la corriente"⁶, frase que igualmente podría aplicarse al socialismo español y a otros muchos. De modo que la aceptación o interiorización por parte de los actores del modelo marxiano que predice una revolución inevitable lo habría anulado al producir en ellos una actitud quietista en contraste con el voluntarismo y radicalismo previsto. Otros, y así numerosos intelectuales de clase media, habrían sido impulsados a la militancia en el movimiento obrero por la lectura de la obra de Marx y Engels o de sus numerosos divulgadores contribuyendo así a la auto-realización del modelo de lucha de clases. Con el resultado de que la vanguardia del movimiento comunista ha estado dinamizada casi siempre por jóvenes revolucionarios de clase media y no por obreros.

Otros actores, finalmente, aceptando igualmente el modelo, habrían tratado de evitar sus consecuencias dialogando con las organizaciones obreras, aceptando el sufragio universal o construyendo el gigantesco edificio del moderno Derecho del Trabajo y la seguridad social; los casos de Bismarck o de Primo de Rivera estarían en tal dirección. Evitemos que Marx tenga razón y construyamos para ello un moderno Estado del Bienestar.

De este modo, el modelo predictivo marxiano habría generado tendencias tanto el auto-cumplimiento, como a la auto-negación, por lo que resultaría simplemente absurdo plantearse el problema de si las predicciones marxianas se cumplieron o no sin tener en cuenta la reflexividad que generaron ¿Habríamos tenido clase media sin Estado de Bienestar, y Estado de Bienestar sin el miedo a la lucha de clases y a la clase obrera, sin el miedo a la revolución?

Quizá sí. Quizá no. Pero la pregunta tiene todo el sentido.

7. Una nota final sobre la paradójica influencia de Marx hoy. Pues la izquierda hoy lo ha abandonado y se ha vuelto idealista. Lo que le importa es el significante (Laclau), el relato, el *framing*, la hegemonía (Gramsci). Marx

⁶ W. BENJAMÍN, *Angelus Novus*, EDHASA Barcelona, 1970 pág. 83.

creía que detrás de las ideologías estaba la esencia, la realidad. Quería ir a las cosas mismas traspasando sus representaciones. Pero para la izquierda postmoderna las cosas son su representación, y no hay más. Su relativismo cultural penetra hasta lo cognitivo. Con cierto Nietzsche cree que no hay hechos, que no hay verdad, sino representaciones. Es idealista. Pero lo peor es que no lo sabe y se cree crítica.

Es paradójico pero, por el contrario, la derecha, al menos cierta derecha, se ha vuelto marxista, también sin saberlo. *Es la economía, estúpido*, decía Clinton en 1992. Cuando se afirma que lo que importa es la economía, y nada más, cuando se confía todo al crecimiento, al empleo, a los salarios o las inversiones, a la infraestructura, con desprecio de la política, de la ideología y de los relatos o las representaciones, se está haciendo marxismo, por supuesto sin saberlo, y del más ingenuo y *naive* que quepa imaginar.

Pero que la izquierda histórica ha trocado sus fundamentos por los de la derecha histórica, y esta por los de la izquierda, que la izquierda se ha vuelto idealista y la derecha materialista, es algo que merecería un análisis más pormenorizado que no puedo abordar hoy.

Concluyo.

Más allá de los marxismos está la obra de Carlos Marx. Otro de los fundadores de la ciencia social para la que aportó ideas esenciales algunas de las cuales he tratado de resumir torpemente. Marx teorizó, con acierto, la enorme importancia de la economía, del trabajo y de los modos de producción. Weber teorizó la política, el Estado y la burocracia. Mead teorizó la comunicación, las ideas y los universos simbólicos, la cultura, en definitiva. No debemos menospreciar a ninguno pues toda sociedad tiene política, economía y cultura.

KARL MARX, EL ETERNO PROFETA

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Pedro Schwartz Girón

¿Nunca nos desharemos de Karl Marx? Ya dejó de estar de moda ser un marxista extremo, pero los escritores, políticos y popularizadores encuentran que mostrar su simpatía y respeto por Marx es una manera de proclamar que su corazón está en el lado izquierdo. No importa que los historiadores hayan sostenido que su análisis del capitalismo no calza con los hechos y que ha quedado demostrado lo erróneo de sus predicciones acerca de la inevitable evolución de la sociedad burguesa. Sus teorías son reinterpretadas, reformuladas y metamorfoseadas, hasta hacerlas inmunes a los contraejemplos y a la refutación. La primera razón para esta presencia perenne que le viene a uno a la mente, es que él era un poderoso pensador y un escritor magistral —cuando dejaba de lado su prosa Hegeliana. Una razón más profunda es que inculcaba la esperanza de gente abatida por los desórdenes de la época, al concebir el socialismo como una religión laica, con sus dogmas, herejías y excomuniones. Una tercera razón, que está ganando el apoyo de igualitarios y ultra-feminista, es la búsqueda del mecanismo que hará que el capitalismo se auto-destruya para dejar paso a una sociedad plenamente humanista. Pero aún para aquellos que no se considerarían a sí mismos como marxistas, él propuso una metodología materialista que se ve como una manera especialmente fructífera de estudiar a la sociedad.

UN TIPO QUISQUILLOSO

La filosofía política depende mucho más de la personalidad y biografía de sus artífices que lo que usualmente se piensa. El origen aristocrático de Platón y su resentimiento ante la ejecución de su amado maestro Sócrates, puede ser leído en palimpsesto en *La República* o *Las Leyes*. La personalidad gentil y la disposición racional de Tomás de Aquino, explica el carácter inclusivo de las *Summas*. Maquiavelo, quien fue apartado por los Medici pese a su

trayectoria de excelente funcionario de su adorada Florencia, buscaba que la *Signoria* volviese a requerir sus servicios como diplomático. Hobbes, aquejado de timidez e inseguridad desde su infancia, claramente escribió en busca de soluciones para evitar guerras civiles. Y Hegel, desde joven un admirador de Napoleón como encarnación del espíritu de la Historia, fue un típico profesor de Universidad Estatal Prusiana, entregado al poder establecido.

Karl Marx (1818-1883), como lo han hecho notar muchos comentaristas, mostró los rasgos de un profeta del Viejo Testamento, en cuanto que propuso una doctrina de salvación y de final de la historia, como las que se encuentran en las grandes religiones del Libro, y fundamentalmente diferente del racionalismo de la Ilustración, especialmente de la Ilustración Escocesa¹. Condujo la vida azarosa de un conspirador. Continuamente perseguido por la policía prusiana, fue repetidamente obligado a cambiar su morada en el Continente, para por fin encontrar paz como refugiado en el Londres victoriano, donde él y sus compañeros revolucionarios eran totalmente ignorados en una sociedad supremamente confiada y próspera.

Marx tuvo la buena suerte de trabar amistad con Friedrich Engels (1820-1895). Después de conocerse en París en 1844, cimentaron una asociación que duraría por el resto de sus vidas y aún más allá. El desarrollo del marxismo, incluso de todo el socialismo, habría sido muy diferente si estos dos amigos no hubieran trabajado juntos incansablemente y en plena armonía durante tantos años. No sólo fueron coautores de libros y artículos; no sólo lanzaron asociaciones para promover la causa del comunismo; también conspiraron y lucharon juntos contra los que ellos vieron como rivales equivocados en la política de la clase trabajadora. Marx fue el miembro más rencoroso de ese tándem (recuerden "La burguesía pagará por mis forúnculos", esos que sufrió tras estar sentado largas horas en la biblioteca del Museo Británico). Engels, por otra parte, tenía un carácter alegre y lleno de curiosidad y generosidad. Incluso financió a Marx y a su familia durante tiempos de pobreza y adoptó al niño que procreado por Marx con Helen Demuth, el ama de llaves de la familia. Sea esto como fuere, ambos estaban llenos de desdén hacia sus rivales políticos y eran despiadados en sus batallas contra ellos. Sus ataques vitriólicos a Feuerbach, Proudhon, Bauer, Lasalle, Dühring, son ejemplos extremos de la bien conocida crueldad de las batallas políticas entre exiliados. La explicación última de su comportamiento incivil fue su creencia inamovible en que ellos estaban en posición plena de la verdad: su socialismo era "científico"; sus rivales en el movimiento de los trabajadores, malintencionados o equivocados; la crueldad de su esperada revolución, simplemente "los espasmos del nacimiento de la historia", todo se justificaba por la marcha hacia una sociedad humana y feliz.

¹ Kolakowski (1978) llamó a esto la soteriología (la doctrina de la salvación) y la escatología (la doctrina del juicio al final de los tiempos) de la teología Marxista.

EL MANIFIESTO COMUNISTA

El más leído de los escritos de Marx y Engels es el *Manifiesto Comunista*. Los miembros de una sociedad comunista secreta en Londres, "La Liga de los Justos," les pidieron que lo redactaran. Engels les había convencido de que se unieran a "La Sociedad Comunista Correspondiente," fundada por Marx y por él en Alemania. El *Manifiesto* fue presentado a los miembros en 1847 y publicado en 1848, justo antes de que en Francia estallara una revolución que derrocó la monarquía y la convirtió en una república. Las llamas se extendieron luego por toda Europa y por tres años pareció que había nacido una nueva era democrática. ¡Falsa alarma! El siguiente intento de una revolución socialista, la Comuna de París, no surgió sino después de la guerra de 1870. El siguiente hubo de esperar a calamidad de la Primera Guerra Mundial.

Aunque el *Manifiesto* fue escrito por Marx, él descansó enormemente en el libro de Engels, publicado en 1845, *La Condición de la Clase Trabajadora en Inglaterra*, una denuncia feroz de la vida en las fábricas de Manchester, que fue presentado como una anticipación de lo que el sistema capitalista habría de llegar a ser. Cercano a lo que fue el texto final del *Manifiesto*, hay dos borradores de Engels en 1847 que sirvieron de punto de partida para la redacción de Marx. Uno fue "A Communist Confession of Faith" [Una Confesión de Fe Comunista]² y el segundo ha sido llamado "Principles of Communism" [Principios del Comunismo]³. El texto de estos "Principios" muestra claramente qué tan alineados en pensamiento estaban los dos amigos. Es correcto, pues, llamar al *Manifiesto* como una obra en conjunto.

Una comparación con los borradores incompletos de Engels, muestra las grandes dotes retóricas de Marx, cuando dejaba de lado sus ropajes cripto-Hegelianos. La primera frase del panfleto es justamente famosa:

"Un fantasma recorre Europa —el fantasma del Comunismo. Todos los viejos poderes de Europa han entrado en una santa alianza para exorcizar ese fantasma: el Papa y el Zar, Metternich y Guizot, los Radicales Franceses y los espías de la policía de Alemania."

Era una afirmación exagerada, pero inculcó confianza en los grupos dispersos, que se llamaban a sí mismos comunistas o socialistas en cuanto que su objetivo era la abolición de la propiedad privada.

² 9 de Junio de 1847, Publicado en *Gründesdokumente des Bundes der Kommunisten*, en <http://www.marxist.org>. Engels escribió a Marx: "Volvamos a pensar sobre la Confesión de Fe. Creo que es mejor que dejemos de lado la forma de catecismo y lo llamemos el *Manifiesto Comunista*. Algo de historia habrá que poner, pero la forma en que lo he hecho es muy inapropiada. Traigo conmigo lo hecho. Tiene forma de narración muy simple, pero mal escrito, a toda prisa." Sorprendentemente publicado en la edición china de *Marx/Engels Selected Works*, Peking, 1977.

³ Octubre-Noviembre, 1847. Publicado en 1914 por Eduard Bernstein. Visto en enero, 2016, en <http://www.marxist.org>.

El *Manifiesto* se dividió en cinco partes. La primera es una introducción breve. Luego vino el capítulo I, titulado “Burgueses y Proletarios”, un panegírico de los poderes productivos de la economía capitalista, le sorprenderá saberlo (pero realmente un canto fúnebre del capitalismo. El capítulo II era una llamada a que la élite comunista abriera los ojos de los proletarios no instruidos, en cuanto a la explotación que sufrían bajo el capitalismo; y, eventualmente, conducirlos a que se unieran a las filas de los revolucionarios. El capítulo III condenaba el socialismo reaccionario y utópico con desmayados elogios, en cuanto que serían reemplazados por el producto de su marca.. El último capítulo proclamó la disposición de los comunistas a respaldar los partidos de los trabajadores en toda Europa, en cuanto aceptaran el objetivo de deshacerse de la propiedad privada “por el derrocamiento forzoso de todo el orden social”.

El punto de partida lo proclama en el capítulo I: “La historia de toda sociedad hasta nuestros días no ha sido sino la historia de las luchas de clases.” A lo largo de la historia, las sociedades humanas estaban divididas en una variedad de clases sociales, pero la moderna sociedad burguesa ha “simplificado los antagonismos de clase [...] La sociedad se divide cada vez más en dos grandes campos opuestos, en dos clases enemigas: la burguesía y el proletariado.” La máquina esencial para su transformación es “una serie de revoluciones en tecnología y en los medios de producción e intercambio”. Aquí estamos siendo introducidos a un elemento fundamental de la sociología Marxista, el ‘materialismo histórico’: que el cambio social es dirigido por las formas de producción económica que encarnan nuevas tecnologías. Esta idea, especialmente desarrollada en *Das Kapital* [*El Capital*]⁴ (vol. I, 1867), desde ese entonces ha llamado la atención de los historiadores. Era una llamada a no estar contento con una simple historia política. Esto no significa decir que no hubo historia económica con anterioridad a ese libro —por ejemplo, en libro III de *Una investigación de la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones* de Adam Smith pero nadie hasta ese momento había presentado las formas de producción e intercambio como las fuerzas que mueven a la historia. En el caso del capitalismo moderno, Marx estaba diciendo que la transformación de las condiciones técnicas y comerciales había conducido a un trastorno sin precedentes en la sociedad. La idea de “revolución” se ha convertido en un lugar común para describir cambios profundos en todas las esferas de la sociedad, cuando, hasta los escritos de Marx, el término había sido limitado a la política, a las Revoluciones inglesa o francesa de los siglos XVII y XVIII. Ahora Marx la aplicaba a los cambios causados por la forma burguesa de producción y atribuyó la evolución de la historia al desarrollo de las leyes económicas necesarias —una idea chocante.

⁴ Disponible en línea en the Library of Economics and Liberty, <http://www.econlib.org/library/YPDBooks/Marx/mrxCpA.html>.

Luego escribió uno de esos paradójicos párrafos que sin duda debieron impresionar a sus compañeros revolucionarios.

“La burguesía ha ejercido en la Historia una acción esencialmente revolucionaria. [...] La burguesía no existe sino a condición de revolucionar incesantemente los instrumentos de trabajo, es decir, todas las relaciones sociales.”

Así, la clase capitalista, dijo él, han rasgado el tejido de las sociedades tradicionales y ahora están en el proceso de crear una economía globalizada de enormes fuerzas productivas.

“La burguesía, desde su advenimiento, apenas hace un siglo, ha creado fuerzas productivas más variadas y colosales que todas las generaciones pasadas tomadas en conjunto. La subyugación de las fuerzas naturales, las máquinas, la aplicación de la química a la industria y a la agricultura, la navegación a vapor, los ferrocarriles, los telégrafos eléctricos, la roturación de continentes enteros, la canalización de los ríos, las poblaciones surgiendo de la tierra como por encanto, ¿qué siglo anterior había sospechado que semejantes fuerzas productivas durmieran en el seno del trabajo social?”

Todo su talento está ahí: hasta la poderosa metáfora sexual.

Luego vino lo que hizo del *Manifiesto Comunista* una motivadora pieza de propaganda política: su descripción del mecanismo que mueve a la sociedad capitalista y la predicción histórica basada en este análisis.

Para Marx, el capitalismo liberó fuerzas que tomaron una vida independiente y se volvieron en contra del mismo sistema de propiedad privada en el cual se basaba. Durante los previos treinta años, la historia de la industria y del comercio había sido una sucesión de crisis que “amenazan progresivamente la existencia de la sociedad burguesa”. Se repetían las epidemias de sobreproducción, en las que parecía que la sociedad tenía “demasiados medios de subsistencia, demasiada industria, demasiado comercio”, de manera que se destruían los productos y recursos necesarios para la producción futura.

La revolución burguesa tomó dos direcciones. Por un lado, la forma capitalista de producción fue extendida a pueblos y sociedades más primitivas mediante la creación de colonias y la extensión del comercio. Por el otro, el capitalismo convirtió a los trabajadores en proletarios.

La competencia y la división del trabajo destruyeron a las sociedades del pasado. Lentamente, los trabajadores se amalgamaron en una sola clase única oprimida. La condición de los tenderos pequeños, artesanos, agricultores y asalariados gradualmente se deterioró hacia condiciones proletarias. La misma demanda de manos para las enormes fábricas fue un paso para la aglomeración en un solo cuerpo de las clases sometidas.

“El obrero moderno, al contrario, lejos de elevarse con el progreso de la industria, desciende siempre más; por debajo mismo de las condiciones de vida de su propia clase. El trabajador cae en la miseria...”

Cuando estos proletarios se unan, se convertirán en una fuerza para la revolución, gracias a que reciben la ayuda de “los ideólogos burgueses que han llegado por sí mismos a la comprensión teórica del movimiento general de la historia” —una forma presuntuosa de explicar cómo era que un doctor en filosofía y el propietario de una fábrica se atrevían a decir a las masas pobres y desposeídas cómo organizar sus vidas y su acción. Marx terminó el capítulo como el supremo inventor de eslóganes que era: “lo que la burguesía produce ante todo son sus propios sepultureros.”

Como digo, el *Manifiesto* pasó a continuación a lanzar comentarios despectivos sobre los escritos de otros socialistas, al tiempo que ofrecía plena colaboración a los ya existentes partidos de trabajadores de Inglaterra, Estados Unidos, Francia y, sobre todo, Alemania, para que todos se prepararan para el pronto advenimiento de la caída del capitalismo. Terminó con una convocatoria final a realizar la revolución comunista: “Los proletarios no pueden perder más que sus cadenas. Tienen, en cambio, un mundo por ganar. ¡Proletarios de todos los países, uníos!” ¿Exagero cuando elogio la capacidad de Marx de lanzar grandes eslóganes?

LOS HAMBRIENTOS AÑOS CUARENTA

El libro de Engels de 1845, *La condición de la clase trabajadora en Inglaterra* (nótese el singular, cuando entonces se hablaba más bien de ‘clases trabajadoras’); y el *Manifiesto Comunista* de 1848, tienen mucho de libros de un momento particular, los veinte años que van de 1835 a 1855, usualmente conocidos como ‘los hambrientos años cuarenta’. Tal como lo ha explicado George R. Boyer (1998), esos años fueron especialmente duros para los trabajadores textiles, especialmente en Manchester y sus alrededores. Sus adversidades se multiplicaron durante las crisis de 1837, 1842 y 1848 y durante la ‘hambruna del algodón’ de la Guerra Civil de los Estados Unidos, cuando los trabajadores textiles soportaron estoicamente los efectos del bloqueo del Norte a las exportaciones marítimas del Sur. Sin embargo, la prosperidad creciente de los trabajadores ingleses en los años de 1860 en adelante terminó con el socialismo revolucionario en las Islas Británicas quizá para siempre.

Es fácil ver como Engels y Marx fueron confundidos por las condiciones políticas y sociales de Inglaterra de los años treinta y cuarenta del siglo XIX. Las remuneraciones del trabajo, las condiciones laborales en las factorías y la explotación de mujeres y niños en Inglaterra, preocuparon no sólo a Engels, sino también y antes a muchos otros observadores de buen corazón,

entre los que cabría destacar al cristiano evangélico Lord Ashley (1801-1885). De hecho, el Parlamento legisló repetidamente para prohibir los peores abusos, después de compilar reportes detallados de estos males —los *Blue Books* [*Libros Azules*]— que Marx usó tan efectivamente en sus últimos escritos, especialmente en *El Capital* (1873)⁵. Estas crueles condiciones condujeron a que grandes números de trabajadores realizaran huelgas generales y tomaran parte del movimiento Cartista, que demandaba una Constitución más democrática, de manera que parecía que la Revolución estaba cerca.

Friedrich Hayek editó en 1963 una colección de ensayos bajo el título *Capitalism and the Historians* [*El Capitalismo y los Historiadores*], que ayudó a dar vuelta al punto de vista muy compartido, ya presente en Marx y Engels, de que la sociedad productiva moderna se ha construido gracias a la forzada la acumulación de capital, expropiado por capitalistas sin corazón de una empobrecida clase trabajadora. La colección de Hayek mostró que las cambiantes condiciones de las clases trabajadoras en Inglaterra no se reducían a un empeoramiento de los estándares de vida durante la época industrial, sobre todo si se las comparaba con la mísera subsistencia en el campo. Durante la era victoriana, pese a cuanto dijeran Engels y Dickens, los estándares de vida de la gente claramente que mejoraron. Cierto que la investigación económica ulterior ha mostrado que los años de 1830 vieron algún empeoramiento, en especial debido a las deplorables condiciones higiénicas en las ciudades fabriles: la incidencia del cólera y de la tuberculosis provocó una reducción de las expectativas de vida, después de los esperanzadores años de la década de 1820⁶.

Boyer resume los datos. Parece haber pocas dudas de que en los hambrientos años de la década de 1840 hubo una caída en los salarios reales de todos los trabajadores y, en especial, de los trabajadores de la industria del algodón en Lancashire del Sur. Especialmente fueron fuertemente golpeados los trabajadores de telares a mano que tejían en su hogar y enfrentaban la competencia de la producción mecanizada de las fábricas. En Manchester, en donde Engels estuvo a cargo de la fábrica de su familia en el período que va de 1842 a 1844, los trabajadores del algodón en su conjunto sufrieron diez muy duros años después de 1832, cuando sus salarios reales declinaron en un 15 por ciento. A esto debe agregarse el efecto de altas tasas de desempleo: excepto en los buenos años de 1845-46 y en los puntos más bajos de la recesión de antes y después de

⁵ Ver en *El Capital*, vol. I, Sección 3, "La producción del valor absoluto". Vale la pena leer esta sección del primer libro de *El Capital* debe para ver cuánto tuvo que trabajar Marx para que sus datos fueran los correctos, cuán efectivo era su sarcasmo en el debate, cuán genuina era su indignación ante los comportamientos de los manufactureros y cuán excesivas las esperanzas que él puso en el movimiento Cartista.

⁶ Antes de que Engels publicara su libro, Edwin Chadwick, el gran servidor público, había escrito desde un enfoque utilitarista una crítica *Report on the Sanitary Condition of the Labouring Population of Great Britain* (1842). Fue ese mismo Chadwick quien conectó el suministro de agua contaminada de Londres con la prevalencia del cólera. El descubrimiento de la bacteria por Louis Pasteur estaba muy lejano en el futuro, pero la conexión causal fue hecha por una inducción estadística. Ver Schwartz (1966).

este pico de prosperidad, el desempleo entre los trabajadores de las fábricas alcanzó entre un 15 y un 20 por ciento. (Boyer, páginas 165-6). A esto debe de añadirse el descontento causado por la Nueva Ley de Pobres, la cual forzaba a que las familias indigentes demandaran ayuda en “Casas para Pobres bien organizadas” en donde los internos eran separados por sexo y por edad.

Los historiadores se han esforzado en completar estos datos económicos, indudablemente imprecisos con indicadores biológicos del bienestar. Así, la expectativa de vida parece haber declinado de 40.8 años en 1829-33 a 39.5 en 1849-53. Otra medida utilizada es la estatura de los reclutas para el ejército, la cual “aumentó desde mediados del siglo XVIII hasta 1840, declinó durante los cuarenta, y luego se creció de nuevo después de 1850”. (Boyer, página 167). Sin embargo, el auge victoriano de las décadas de 1850 y 1860, mostró que las predicciones de Marx y Engels eran equivocadas, concluye Boyer. El crecimiento del PIB por hora hombre entre 1856 y 1873 fue de un 1,3 por ciento anual. También los salarios aumentaron: Boyer cita un estudio que muestra que los salarios reales crecieron en más de un 38 por ciento entre 1851 y 1881.

Tampoco las caídas cíclicas se hicieron más severas en la segunda mitad de siglo, pese a lo que habían predicho Marx y Engels. Además, los sindicatos cambiaron su carácter para convertirse en agrupaciones gremiales en vez de organizaciones de clase. La legislación crecientemente favoreció los intereses de las clases trabajadoras, empezando con la derogación de las Leyes del Trigo y otras medidas de libre comercio que abarataron los alimentos.

ALIENACIÓN Y EL HOMBRE NUEVO

El *Manifiesto Comunista* constituye una introducción excelente a la gran obra de Marx, *El Capital*, pero tres elementos fundamentales más requerían un mayor desarrollo : la alienación y el hombre nuevo; el materialismo histórico; y la máquina de desarrollo económico que mueve el sistema capitalista.

En 1846, antes de escribir el *Manifiesto*, Marx y Engels habían terminado un libro que no pudieron publicar y se perdió parcialmente: *La Ideología Alemana*. En él asentaron las bases filosóficas de su sistema, a las cuales, como correctamente anota Leszek Kolakowski (2005, capítulo VIII), Marx se adhirió fielmente durante toda la vida. La humanidad era el aprendiz de brujo. Los hombres habían creado el dinero y los bienes, pero estos tomaron una vida independiente y mandaron sobre sus creadores. El hombre llegó a estar “alienado,” de manera que sus propias creaciones le impedían lograr el pleno desarrollo de sus aptitudes y talentos. Las causas de dicha alienación, representada más tarde por Charlie Chaplin en su caricatura del “Fordismo”, *Tiempos Modernos*, eran la división del trabajo impulsada por la tecnología, y la competencia,

como si la competencia no fuera una forma de cooperación social. La degradación de la humanidad procedería incansable bajo el capitalismo mientras el yugo de la propiedad privada no se levantara y así emergiera el comunismo. En una sociedad comunista nadie tendrá que reducirse a

“[...] un círculo exclusivo de actividades, sino que podrá desarrollar sus aptitudes en la rama que mejor le parezca. La sociedad se encarga de regular la producción general, con lo que hace cabalmente posible que yo pueda dedicarme hoy a esto y mañana a aquello, que pueda por la mañana cazar, por la tarde pescar y por la noche apacentar el ganado, y después de la cena, si me place, dedicarme a criticar, sin necesidad de ser exclusivamente cazador, pescador, pastor o crítico.”

Uno no sabe si reír o llorar ante tal tontería. Este pasaje es sumamente revelador de cómo Marx y Engels concebían a la economía. El poder del sistema productivo era tal que, una vez que abolida la propiedad y desaparecido el Estado, la maquinaria de la producción podía dejarse que funcionara por su propia cuenta, como una especie de *perpetuum mobile*. No habría necesidad de decidir qué producir. La escasez habría desaparecido y, al toque de un botón, aparecerían todos los bienes y servicios deseados. ¡Y hombres, mujeres y niños vivirían como rentistas!

LA INTERPRETACIÓN MATERIALISTA DE LA HISTORIA

Marx puso de cabeza a la filosofía de Hegel haciendo que las condiciones materiales, en vez de la Idea, fueran el motor de la historia. “No es la conciencia lo que determina la vida, sino la vida la que determina la conciencia.” Es la parte no intelectual de la sociedad la que gobierna al pensamiento. Difiero de Kolakowski al sostener que la historia, para Marx, está gobernada por leyes que ligan la evolución social con las formas de producción, tal como él lo expondría en *El Capital*. Pero esto no deja a la persona individual y sus ideas sin papel alguno en la historia. Aunque la mayoría de las ideas de la gente están distorsionadas por los intereses de la clase social a la cual pertenecen, a pesar de ello, tal como lo vimos en el *Manifiesto*, algunos pensadores burgueses se levantan por encima de sus circunstancias y por ello pueden contribuir a la revolución⁷.

⁷ Algunos comentaristas burlescamente llaman la filosofía de la historia de Marx una “teoría de la escalera eléctrica”: el movimiento de la historia nos lleva sin esfuerzo hacia el comunismo, pero siempre podemos ayudar dando pasos para trepar más aprisa.

Tal como lo demostró Karl Popper en *The Poverty of Historicism* [*La Miseria del Historicismo*] (1944-5, 1957), las filosofías de la historia que buscan leyes de evolución histórica no son defendibles. Marx aceptó que las ideas de los hombres tenían una influencia que se revierte a la sociedad⁸. Sin embargo, también creía que podía profetizar la caída inevitable del capitalismo y la venida ineludible del socialismo. Tales certezas son muy consoladoras pero conducen a conclusiones éticas peligrosas, concretamente, a pretextos totalitarios para imponer sufrimiento a la generación presente con la expectativa plena de un futuro glorioso para toda la humanidad⁹.

LA VERDADERA NATURALEZA DEL CAPITALISMO: APARIENCIA Y REALIDAD

Vimos, cuando comentaba yo el *Manifiesto*, que Marx y Engels despreciaron las formas de pensamiento socialista de su época, porque no eran "científicas". La parte científica su filosofía social era una combinación de determinismo Hegeliano y de economía política clásica. La destrucción implacable del capitalismo y la marcha hacia el comunismo podían ser profetizadas, debido a la presencia de un mecanismo en la sociedad que podía ser entendido con una versión modificada de la economía clásica.

Marx sólo publicó en vida el primer volumen de *El Capital*. Engels juntó los volúmenes II y III después de la muerte de su amigo. Marx estudió a David Ricardo y a Adam Smith con sumo cuidado. De Ricardo tomó el modelo del funcionamiento de la economía capitalista, donde los precios podían ser explicados por el costo relativo de producir los bienes y servicios que la gente intercambiaba. Los beneficios de los empresarios venían de la diferencia entre los costos de producción, principalmente salarios, y los precios, con un margen obtenido por los empresarios. Sin embargo, este análisis no satisfizo a Marx, porque aparecía como justo y favorable: los precios y las utilidades surgían de un intercambio equitativo. ¿Era correcto que el sistema tratara al trabajo como una simple mercancía? Si el trabajo creaba valor, como aparentemente decía Ricardo, ¿por qué debería obtener nadie beneficios del esfuerzo de los trabajadores? La solución de Marx fue muy Hegeliana: bajo la apariencia del mercado de ser justo, subyacía la explotación. Los precios y las utilidades eran las apariencias; el valor y la explotación, la realidad subyacente. No importaba que la tasa de ganancias fuera una para toda la economía en su conjunto y que la tasa de explotación variara entre diferentes firmas,

⁸ Kolakowski (2005), página 130, dice: "Claramente Marx no puede ser endosado con el punto de vista de que toda historia es efecto de leyes históricas, que no tiene efecto alguno lo que la gente piensa de sus vidas y que las creaciones del pensamiento son mera espuma en la superficie de la historia".

⁹ Popper fue especialmente perspicaz en su estudio los aspectos metodológicos y éticos del pensamiento de Marx en *La Sociedad Abierta* (1945, 1957).

dependiendo de la intensidad laboral de sus técnicas productivas. Esto sería explicado en el volumen III¹⁰. Ni Ricardo ni Marx analizaron la demanda, la razón última para explicar los esfuerzos productivos de la humanidad.

EL CAPITALISMO EN LA HISTORIA

El volumen I de *El Capital* es principalmente un trabajo de historia: de cómo y por qué la humanidad ha evolucionado a lo largo de los tiempos y adónde esta marcha nos está conduciendo a todos. Para él, “la acumulación primitiva del capital” extraído de los siervos agrícolas y de esclavizar a los trabajadores, era una condición necesaria de la revolución industrial. Por supuesto, pese a la gran cantidad de capital fijo ya invertida en minas de carbón y en canales, de hecho, el desarrollo del capitalismo empezó con el comercio, las finanzas gubernamentales, y la ciencia aplicada; y las primeras formas de producción en masa aparecieron lejos de las limitantes gúildas de la ciudad. La idea marxista de que el crecimiento económico exige una acumulación previa de capital físico expropiado a los trabajadores tuvo graves consecuencias reales, sobre todo cuando fue aplicada en la Unión Soviética: Stalin, en su desatada carrera hacia el crecimiento, decidió que la industrialización debería empezar con la industria pesada construida a costa de un trabajo agrícola forzado. El camino para el desarrollo no es el marxista de una expropiación forzada para acumular capital físico sino de nuevas ideas libremente buscadas y aplicadas y de nuevas instituciones que protejan la propiedad de las clases productivas¹¹.

En el corazón de *El Capital* está la idea de la tendencia del capitalismo hacia el monopolio, provocada por recesiones cíclicas. En efecto, Marx tomó de Adam Smith la ley de la caída secular de la tasa de utilidades. Para restaurar la tasa de ganancias al nivel acostumbrado, los capitalistas se veían forzados a aumentar sus inversiones. Dado que al aumentar el capital por trabajador, los salarios tenderían a aumentar, había necesidad de mantener un número

¹⁰ *Das Marx Problem [El Problema de Marx]*, el de que valor y explotación no coinciden con precio y beneficio respectivamente, ha ocupado a mucho socialistas posteriores, tales como los profesores Desai o Morishima. Los valores y las tasas de explotación no son observables. El método del valor para el cálculo no puede ser usado para explicar los precios existentes (o, como lo dijo Desai, página 65, “La teoría de Marx es una herramienta para el estudio crítico del capitalismo, no una herramienta operativa para la planificación socialista”). Desai y Morishima toman la vía de escape de que *desde un punto de vista agregado*, el valor total en una economía capitalista es igual a la totalidad de los precios y que la plusvalía es igual a la totalidad de los beneficios —pero no para todos y cada uno de los bienes. Como lo expuso Luis A. Rojo (1984), lo que Marx deseaba demostrar con la identidad de la plusvalía total y la totalidad de las ganancias era que “una economía capitalista es como una gran empresa creada para explotar a los asalariados, en donde cada capitalista recibe la parte de beneficios que corresponde a su parte del capital invertido”. Entonces, ¿en qué queda la competencia entre capitalistas a la que Marx daba tanta importancia? Todo esto no son sino disputas teológicas sobre el pecado original del capitalismo, sin ningún interés práctico o filosófico.

¹¹ Por ejemplo, véase Deirdre McCloskey, *Bourgeois Dignity* (2011) para una visión no-marxiana del capitalismo.

considerable de ellos en un “ejército de reserva de los desempleados” y de sustituir al trabajo por aún más capital. Esto provocaba sobre-inversión y sub-consumo periódicos, crisis destructivas, fusiones y absorciones. Los salarios se deprimirían más y más y los propietarios de pequeñas empresas se verían degradados a la clase trabajadora. Los trabajadores tomarían conciencia de su proletarización, ocasionada por la división del trabajo. Así, el proletariado se vería llevado a traer la caída del sistema capitalista mediante una revolución. Sonaría “la última hora de la propiedad privada capitalista. Y los expropiadores son expropiados”¹².

Los acontecimientos no se han desarrollado a la manera marxista¹³. Las inversiones en capital reducen la productividad marginal de la maquinaria y necesariamente incrementan la productividad y la remuneración del trabajo. La profundización de la inversión de capital ha conducido a un crecimiento secular y elevado de los salarios. Además, Marx no tomó en cuenta al capital humano, la inversión en educación y la formación en el empleo en las sociedades capitalistas, aunque Adam Smith estudió a fondo esta cuestión¹⁴. En efecto, cuando los escritores marxistas de hoy discuten acerca de la distribución del ingreso entre capital y trabajo, a menudo olvidan que el capital más importante de una nación no es la maquinaria, sino aquél personificado en la gente y las instituciones¹⁵.

MARX RENACIDO, ¿POR QUÉ?

Las historias tanto del capitalismo como del socialismo han sido, pues, muy diferentes de lo que Marx y Engels predijeron. El intento de que naciera un Hombre Nuevo ha resultado en utopías inviables ahogadas en mares de

¹² Una necesidad histórica de este tipo ha vuelto a seducir a los críticos actuales del capitalismo. Así, Piketty, en su libro de título revelador *Capital en el Siglo XXI* (2015), postula una tendencia histórica por la que el rendimiento del capital crece más rápidamente que el rendimiento del trabajo, hasta que la desigualdad se hace tan insostenible que el orden capitalista colapsa, a menos que la propiedad privada sea eliminada mediante impuestos —precisamente la misma idea de Marx.

¹³ Quien desee poner en perspectiva la visión del capitalismo de Marx y de Engels, su pasado y su futuro, no debe dejar de leer los dos volúmenes titulados *The Cambridge History of Capitalism*, editado por Neal y Williamson (2014).

¹⁴ En el capítulo LX de *Una Investigación sobre la Naturaleza y Causas de la Riqueza de las Naciones* (1776), Smith estudió las causas de las diferencias en los salarios en los distintos empleos: analizó los casos de diferencias de remuneración por el desagrado del trabajo, por la inversión necesaria para poder desempeñar las distintas labores, por las diferencias en la confianza que se ha de depositar en los distintos empleados, por la probabilidad de del desempleo o de éxito en las ocupaciones —lo que llamaríamos diferencias de capital humano.

¹⁵ En su abultado estudio de la desigualdad entre los rendimientos del capital y los del trabajo (2014), Piketty tan solo mencionó una vez al capital humano y en una única nota al pie de página, olvidando así su importancia en el acervo de activos de los trabajadores.

sangre; tal es la experiencia de la Unión Soviética de Lenín y Stalin, la China de Mao, la Cambodia de Pol Pot y la Cuba de Castro. Entre tanto, las sociedades individualistas condenadas por nuestros dos socialistas soñadores, han multiplicado las capacidades productivas de la humanidad gracias a la división del trabajo y a la competencia, y un número creciente de personas en la tierra puede disfrutar de un estándar de vida que incluye un tiempo de ocio amplio, libre del trabajo pesado.

El materialismo histórico aún atrae a muchos científicos sociales. Hay historiadores económicos que ven a Marx como el creador de una visión del mundo y la historia, aunque olvidan que le precedieron Adam Smith y toda la Ilustración Escocesa. Es verdad que Marx usó estadísticas y evidencia histórica como pocos lo habían hecho con anterioridad. A pesar de ello, cuando me hago a mí mismo la pregunta de si la interpretación económica de la historia debe preferirse ante unos puntos de vista más amplios y que abarquen más¹⁶, mi respuesta es negativa. Dejo el análisis de tal reduccionismo para otra ocasión, cuando atenderé al pensamiento de Deirdre McCloskey y de Niall Ferguson para dar otra visión de la historia del capitalismo.

La razón principal por la cual gente con convicciones democráticas aún prestan atención a Marx, es que él fue el archi-crítico de la desigualdad social. Inspirados por él, algunos abogan por la igualdad de resultados, por la cual los individuos no tendrían diferentes ingresos y activos, cualquiera que fuera su habilidad, trabajo duro o capacidad de responder a las demandas del resto de la sociedad. Menos extremos, los Social-Demócratas han prometido la igualdad de oportunidades promovida por el Estado, de manera que todos compitamos en igualdad de condiciones. Sólo un pequeño grupo de pensadores y políticos han tenido la valentía de defender la libre competencia y la igualdad ante la ley, y de llamar al marxismo y al socialismo por su nombre: la política de la envidia.

¹⁶ La referencia clásica es Edwin Seligman (1901-2): "La misma existencia del hombre depende de su habilidad para mantenerse a sí mismo; la vida económica es, por tanto, la condición fundamental de toda vida. [...] Lo que las condiciones de manutención son para el individuo, lo son las relaciones de producción y consumo para la comunidad. Por tanto y en última instancia, deben atribuirse a causas económicas las transformaciones en la estructura de la sociedad que a su vez condicionan a las relaciones entre las clases sociales y las diversas manifestaciones de la vida social."

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BOYER, GEORGE R. (1998): "The Historical Background to the Communist Manifesto". *Journal of Economic Perspectives*, Vol. 12, No. 4, Otoño, págs. 151-174.
- DESAI, MEGNAD (1974): *Marxian Economic Theory*. Gray-Mills Publishing Ltd., London.
- ENGELS, FRIEDRICH (1845): *The Condition of the Working Class in England in 1844*. Cambridge University Press. 2010.
- KOLAKOWSKI, LESZEK (2005): *Currents of Marxism*. Libro I, *The Founders*. Los tres libros de la obra fueron publicados en un solo volumen por Norton and Co., New York.
- MARX, KARL (1867, 1885, 1894): *Das Kapital: Kritik der politischen Oekonomie* vol. I: (1867). Vol. II: *Capital*, edición de F. Engels (1885). Vol. III, edición de F. Engels (1894). Marx Engels Werke, Progress Publishers, Moscú.
- MARX, KARL y ENGELS, FRIEDRICH (1844): *Die heilige Familie, gegen den Junghegelianer Bruno Bauer gerichtet*.
- (1848): *Manifest der Kommunistischen Partei*. Diversas ediciones, ver, por ejemplo, marxist.org.
- MCCLOSKEY, DEIRDRE (2011): *Bourgeois Dignity: Why Economics Can't Explain the Modern World*. University of Chicago Press.
- MORISHIMA, MICHIO (1973): *Marx's Economics*. Cambridge University Press.
- NEAL, LARRY y WILLIAMSON, JEFFREY G. (2014): *The Cambridge History of Capitalism*. Vol. I: *The Rise of Capitalism from Ancient Origins to 1848*; Vol. II: *The Spread of Capitalism from 1848 to the Present*. Oxford University Press. Paperback 2015.
- PIKETTY, THOMAS (2014): *Capital in the 21st Century*. Harvard University Press
- POPPER, KARL R. (1957): *The Poverty of Historicism*. Routledge and Kegan Paul, London.
- (1957): *The Open Society and its Enemies*, Vol. II: *The High Tide of Prophecy, Hegel and Marx*. Routledge and Kegan Paul, London.
- ROJO, LUIS A. (1984): "El pensamiento económico de Marx, cien años después", en *Marx, economía y moral*, ROJO y PÉREZ DÍAZ. Alianza Editorial, Madrid.
- SCHWARTZ, PEDRO (1966): "John Stuart Mill and Laissez Faire: London Water", *Economica*, NS, Vol. XXXIII, No. 129, Febrero, págs. 71-83.
- SELIGMAN, EDWIN (1901-2): "The Economic Interpretation of History", *Political Science Quarterly*, Vols. 16 págs. 612-640, y 17, págs. 71-98 y 284-312.